

XI

EL ASESINATO
COMETIDO
EN LA PERSONA DEL
General Sucre
Y SUS ASESINOS.

(Renglones escritos para la *Velada patriótica* con que ha de conmemorar en su casa, el dr. dn. Modesto Omiste, el CVº aniversario del nacimiento de Bolívar.)

POTOSI.

Agosto de 1888.

Imprenta de "El Tiempo"
88—Independencia—88

esto monumento de nuestra gratitud:
es la columna que levanta la plaza
de esta ciudad de Potosí.

Con aquella gloriosa batalla ameri-
cana y la detención posterior del Co-
ronel Medinelli, en Chichas, que ex-
tinguió por completo al ejército rea-

El asesinato cometido en la per- sona del General Sucre y sus asesinos.

[Renglones escritos para la *Ve-
lada patriótica* con que ha de con-
memorar en su casa, el dr. dn.
Modesto Omiste, el CV^o aniversa-
rio del nacimiento de Bolívar].

Entre los nobles sentimientos que
tenían cabida en el corazón de Bolívar,
podríamos señalar en primer término
el haber sido amigo del General Su-
cre. Nada, pues, será tan digno de
la memoria del Libertador de cinco
Repúblicas como recordar el trágico
fin que cupo al Gran Mariscal de Aya-
cucho.

La batalla de Ayacucho es la única
acción de armas á cuya memoria he-
mos levantado los bolivianos un mo-

desto monumento de nuestra gratitud: es la columna que hermosea la plaza Pichincha de esta ciudad de Potosí.

Con aquella gloriosa batalla americana y la defeccion posterior del Coronel Medinaceli, en Chichas, que extinguió por completo al ejército realista comandado por el General Olañeta, acabó la guerra y se consolidó la independencia de Sud América, naciendo á la vida de las naciones libres, con el nombre de "*República de Bolivia*", las provincias del Alto-Perú que fueron la primera colonia española en declarar su separacion absoluta de la Corona.

Nombrado Presidente vitalicio, con arreglo á la constitucion de 1826, el General Sucre se consagró á fundar las instituciones republicanas, siendo el primero en acatarlas. Como la ambicion jamás cupo en su alma, declaró en reiteradas ocasiones que no ejercería el Poder sinó por dos años. Pero, poco antes de que se cumpliese ese término, la ingratitud de unos cuantos, instigada por la perfidia de

Gamarra, rompió en 18 de abril del 28 el brazo que nos dió la independencia en Ayacucho y arrancó de la víctima esta amarga queja ante el Libertador:—

“Llevo la señal de la ingratitud de los hombres en un brazo roto, cuando hasta en la guerra de la independencia pude salir sano”.

Verdad es que en el mismo documento se leen estas palabras que la historia tenía olvidadas:—

“Debo decir en honor de Chuquisaca que ninguna persona de respetabilidad se ha mezclado en este alboroto; y que en medio de los malvados, mi casa estaba dia y noche llena de las personas decentes”.

Así fué manchada nuestra historia desde sus primeras páginas!

El 2 de agosto del propio año dejó Sucre la capital que hoy lleva su nombre y se embarcó en Cobija en fines del mismo mes, para no volver mas á esta Bolivia que tanto quiso.

Eligió para su residencia la ciudad de Quito, de donde era oriunda la muger á quien dió, desde Chuquisaca, su nombre y los títulos que hubo ad-

quirido en quince años de batallas por la independenciam.

En el Ecuador le esperaba una nueva gloria: la accion de Tarqui. Allí (26 de febrero de 1829) puso en derrota al ejército peruano que, despues de su invasion á Bolivia con Gamarra, invadió asi mismo el territorio ecuatoriano bajo las órdenes de este y del Presidente Lamar.

Diputado por el Ecuador, el General Sucre presidió el Congreso de Colombia reunido en Bogotá en enero de 1830.

Disuelta esa legislatura, despues de haber aceptado la renuncia que hizo el Libertador Bolivar de la suprema magistratura de Colombia, el vencedor de los españoles en Pichincha y Ayacucho, emprendió viaje de regreso á la ciudad de su hogar.

Para entónces el Ecuador se había separado de la unidad colombiana, imitando el egeemplo de Venezuela; y tanto en el Ecuador y Venezuela como en la Nueva Granada fermentaban

las pasiones políticas más monstruosas, prontas à estallar.

“Estamos corriendo una borrasca revolucionaria, y no dudo que se solicite hundirme con ella”, decía el General Sucre al Libertador, un poco antes de ir à presidir el congreso de Colombia.

“Acabamos de saber, decía un periódico bogotano no citado y comentado por el Sr. Antonio José de Irisarri, en su notable libro titulado *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho*; acabamos de saber con asombro que el general Antonio José de Sucre ha salido de Bogotá ejecutando fielmente las órdenes de su amo (*se aludia á Bolívar*), cuando no para elevarlo otra vez, à lo menos para su propia exaltación sobre las ruinas de nuestro nuevo gobierno”.

“Puede ser, continuaba en otra parte el mismo periódico; puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar”.

Se vé por estas líneas que, como dice el Sr. Irisarri, “hubo un complot bastante numeroso que habia resuelto poner fin à la vida de aquel ciudadano benemérito, de aquel grande hombre de Colombia”.

“Si no engañaron à Cesar, agrega el mismo ilustrado crítico, los que le anunciaron que sería muerto en el tiempo en que lo fué, tampoco engañaron al mundo los que predijeron que el general Sucre tenía que temer una desgracia al entrar al territorio en que mandaba el general Obando”.

En varios lugares próximos al ca-

mino que llevaba el General Sucre, se anunció que sería asesinado cuando pasase por la provincia de Pasto. En la ciudad de Popayan fué advertido de no proseguir su viaje al Ecuador por la vía de Pasto sinó por la marítima del puerto de San Buenaventura. “Cuando vieron salir de allí á Sucre, agrega el autor á quien sigo en estos apuntes, y tomar el camino de Timbío, hubo quien le echase su bendicion, como se echa á aquel que va á recibir una pronta muerte”.

El diputado Sr. José Andrés García Trellez acompañaba en su viaje al General Sucre; seguían á éste sus asistentes Lorenzo Caicedo y Francisco Colmenares.

En la tarde del 2 de junio de 1830 llegó el Gran Mariscal á un punto llamado “*El Salto de Mayo*” y durmió esa noche en casa de un comandante José Erazo, de donde no se movió éste. No obstante, el 3 se encontró el Mariscal con este Erazo en el “*Tambo de venta quemada*”, acom-

pañado de otro comandante Juan Gregorio Sarria, à quien señalaba la voz pública, lo mismo que á Erazo, de asaltador de caminos y de asesino.

Dicho encuentro no pudo ménos que llamar la atencion del General Sucre y arrancarle en tono de broma el siguiente cargo á Erazo:—“Ud. debe ser un brujo, pues habiéndole dejado en su casa, y no habiéndome pasado en el camino, le encuentro ahora delante de mí!”

El General Sucre tomò algunas precauciones al ver á aquellos sujetos de tan mala fama, que ejercian funciones militares en esas rejiones y gozaban desde años atras de toda la confianza del General Obando. Disimulando en seguida sus aprensiones, les convidó un poco de aguardiente y les invitó á pasar juntos la noche en Venta-Quemada, invitacion que la rehusaron pretestando ocupaciones urgentes el uno en el Salto y el otro en Popayan.

El 4, entre siete y ocho de la mañana, prosiguió su viaje el Gran Mariscal, yendo delante el diputado Sr.

Trelles y el sargento Colmenares y detrás del General el otro asistente Caicedo. A poco andar entró en uno de los callejones de la montaña de Berruecos. Del fondo de esa montaña salieron cuatro balazos dirigidos á la cabeza y al pecho del General. “¡Ay balazo”, exclamó y cayó instantáneamente muerto. ¡Muerto á los 37 años de edad, cuando la América esperaba aún grandes bienes de ese noble corazón!

“Difícil es concebir, dicen los historiadores Baralt y Llas, citados por el Sr. Irrisarri, cómo tuvo Sucre enemigos, habiendo sido moderadas sus opiniones, sus servicios á la patria desinteresados, finas y agradables sus maneras, bueno su corazón, y en extremo generoso”.

“No era difícil, ciertamente, digo yo con el Sr. Irrisarri, que Sucre tuviese enemigos si tenía virtudes. ¿Cómo los malos, cómo los perversos podían dejar de ser enemigos de los virtuosos?”

Allí donde la instrucción no está

difundida, la envidia y la sed de ser más no perdonan el mérito y lo persiguen hasta extinguirlo ó desterrarlo. Particularmente en la época á que nos referimos, las ambiciones vulgares y el fanatismo político mancharon todo el suelo hispano-americano derramando la sangre de los hombres que más se distinguieron en la guerra de la independéncia.

Por entónces estaban en boga las ideas más inmorales como dogmas de moral misma, siendo una prueba de ello la siguiente estrofa de Olmedo, en su oda titulada "El Arbol", condenando las conquistas de Napoleon 1.º:—

Bruto, ¿dónde estabas?
No es tarde aún; ven besaré tu mano
"Bañada con la sangre del tirano".

Es que las grandes acciones como los grandes crímenes tienen su época y también tienen sus hombres, y fue de las unas y de las otras la época á que nos referimos. No hubiera llegado á término la independéncia sud-americana sin los esfuerzos de Bolívar, Sucre y San Martín. Y, si la

independencia hubiera sido iniciada antes ó despues del primer tercio de este siglo, esa obra habria estado todavía en problema, porque la barbarie pasiva que reinaba en las colonias españolas antes de 1809, y la barbarie forajida y ambiciosa que vino despues sedienta de mando, hubieran combatido la revolucion en su cuna brotando Obandos, Sarrías y Erazos para estrangular á los Libertadores, como lo hicieron con Sucre y con otros hombres ilustres de la independencia.

Un poco antes ó un poco despues de la tragedia de Berruecos, frustróse otro asesinato en la persona del Libertador Bolívar y fueron asesinados asi mismo Blanco en Bolivia, Monteagudo y Quiroz en el Perú, Portales en Chile, Dorrego en la Argentina, Morazán en Centro-América, Bermudez en Venezuela, Mires en el Ecuador y Guerrero en México; siendo de envidiar que los anglo-americanos que lucharon por la independencia de su patria, murieron tranquilos en el seno de sus familias, rodeados de sus

amigos y en medio de las bendiciones de sus conciudadanos.—¿Por qué?— Porque el sentimiento de gratitud no es un mito para esa raza,

Volviendo al tema de estos recuerdos, el asesinato perpetrado en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho, contristó el ánimo de los buenos americanos y despertó el deseo de conocer al asesino para execrarlo.

Al siguiente día de aquel nefando suceso, el General José María Obando, comandante General del Cauca, en Pasto, decía al Prefecto del mismo departamento, lo siguiente:—

“Ahora que son las ocho de la mañana acabo de recibir (....) una noticia que al espresarla ¡me estremezco! ella es que el día de ayer se ha perpetrado un horrendo asesinato en la persona del General Antonio José de Sucre, en la montaña de la Venta; por robarlo (....) se cree que los agresores han sido desertores del Ejército del Sur que pocos días ha, he sabido han pasado por esta ciudad (....) El esclarecimiento de este inesperado suceso le es al Departamento del Cauca y a sus autoridades tan necesario, cuanto que en las presentes circunstancias puede ser este fracaso, el foco de calumnias para alimentar partidos con mayores miras—Dios guarde a U. S.—JOSÉ MARÍA OBANDO”.

En la misma fecha decía Obando al General Flores, que entónces se encontraba en Quito á la cabeza del Gobierno del Sur, estas palabras:—

“Pasto, Junio 5 de 1830 (....) Acabo de recibir parte que el General Sucre ha sido asesinado en la montaña de la Venta ayer 4: mireme U. como hombre público, y mireme por todos aspectos, y no verá sino un hombre todo desgraciado. Cuan- to se quiera decir, va á decirse, y yo voy á cargar con la execración pública [....] y todos los indicios están contra esa facción eterna de esa montaña: quiso la casualidad de haber estado detenida en la Venta la comisaria que traía con algún dinero, quedó esta allí por falta de bestias, y es probable hubiesen reunídose para este fin: pero como mandé bestias de aquí á traerla, vino esta, y llegaría la partida cuando no había la comisaria, llegando á este tiempo la venida de este hombre (....) JOSÉ MARIA OBANDO”.

La contradicción en que incurrió Obando en sus dos comunicaciones de un mismo día, la suposición que hacia en la segunda de ellas—de que iba á cargar él con la execración pública—, las declaraciones del Ayudante mayor del batallón “Vargas” y otros sujetos que anduvieron por Bermeque en los primeros días de junio de 1830, expresando que se creía generalmente que el asesinato del día 4

ohabia sido ejecutado, de órden del General Obando, por Sarría, Erazo, y algunos soldados: todo venia á probar que Obando hubiese sido el autor de aquel crimen. Se agregaba á lo dicho que en el manifiesto impreso en Guayaquil por disposicion del Gobierno del Sud, aparecieron tres cartas de Obando dirigidas al General Flores en los meses de marzo, abril y mayo de 1830, en las que revelaba sus intenciones respecto del Gran Mariscal. Esas cartas están concebidas así:—

[1.^a carta] “Pongámonos de acuerdo, Don Juan: dígame si quieré que detenga en Pasto al General Sucre, ó lo que deba hacer con él”.

[2.^a carta] “A—lleja á U. un recado preventivo de las miras preventivas de D. Antonio José [...] el peligro es mas grande que lo que se piensa. Si las cosas se ponen de peor data, querria hablar con U.; para ello yo iria á Tulca, si á U. le parece; pero de un modo tan privado que solo U. y yo sepamos nuestro viaje”.

[3.^a carta] “.... el General Sucre lleva la intencion de sustraer al Sur y ponerse bajo la proteccion del Perú [...]. Cuide U. mucho de esto, y cuente con el Cauca y con mi mismo para estorbar tal sucesos”.

Obando escribió tambien desde Popayan una carta al General Pedro

J. Murgueitio, con fecha 18 de mayo de 1830, en la que le decía:

“Otro riesgo vamos á correr con el regreso del General Sucre [...] Tenga U. mucho cuidado con ese Señor si viene por allí, y haga que venga por esta plaza”.

Con tales antecedentes, la conciencia pública se pronunció sin vacilaciones contra Obando.

Faltaban, es verdad, las pruebas legales y faltaba conocer con evidencia á sus cómplices. Pero, ¿cómo obtener esas pruebas, cuando Obando ejercía en el Cauca todo género de influencias oficiales para oscurecer la verdad? En los pueblos sencillos las malas autoridades pesan como una mortaja y es poco menos que imposible probar sus crímenes, porque el poder que les dió la ley para hacerla respetar, lo ejercen en provecho suyo.

Así pasaron cerca de diez años, y ya se perdió la esperanza de probar legalmente el crimen de Obando, cuando la Providencia, en expresion del Sr. Irisarri, lo habia dispuesto de otro modo.

En efecto: á fines de 1839 condu-
cian preso á José Erazo como á uno
de los promotores de la guerra civil
que despedazaba entónces á la Nueva
Granada. Uno de los conductores de
Erazo hizo entender á éste, al pasar
por Berruecos, que le llevaban preso
por estar sindicado como asesino del
General Sucre.—Erazo, dominado en
ese momento que llamaremos *sicoló-
gico*, por el remordimiento, porque el
remordimiento tiene estallidos inevi-
tables aun en los corazones más du-
ros, confesó ser culpable.

En su confesion denunció á Oban-
do, Samiá y otros, y expuso: que el
Coronel Apolinar Morillo le entregó
dos cartas, una del General José M.^a
Obando y otra del Teniente Coronel
Antonio Mariano Álvares, el mismo
dia en que el General Sucre llegó al
“Salto de Mayo” (2 de junio de 1830):
que en dichas cartas se le dijo que
auxiliase al Coronel Morillo en una
empresa muy árdua que este mismo
debía decirle de viva voz: que Morillo
le aseguró, que de lo que se trataba
entónces era de asesinar al General

Sucre; y que seguido este Morillo de los soldados Andrés y Juan Gregorio Rodríguez y Juan Cuzco, armados de fusiles, y despues de una conferencia que tuvo con Erazo y con Sarria, penetró el 3 de junio en la noche en la montaña de Berruecos: que en ella les dijo Morillo, que si ellos no le ayudaban, él solo cumpliría la orden que le diera Obando, pues ya tenia designados los puntos en que habia de colocar á los tiradores: que el 4 de junio en la mañana aconteció en efecto ese suceso escandaloso en la manera que queda referida: que dos dias despues, Álvares le hizo entregar [á Erazo] 50 \$ "*como una gratificación que le daba el General Obando para que supiese guardar sigilo*".

Las cartas á que aludía Erazo, fueron presentadas en juicio y están concebidas así:—

"BUESACO Mayo 28—Mi estimado Erazo: el da-
dor de esta le advertirá de un negocio importante,
que es preciso lo haga con él. El le dirá á la voz
[todo] y U. dirijay el golpe.—Suyc.—José Maria
"Obando"

"Pasto Mayo 31 de 1830—Querido Erazo: el co-
mandante Morillo, que es el conductor de esta,

“me hará el favor de atenderlo y servirlo en cuanto pueda, pues es amigo mio—Vea U. en lo que le puede servir su amigo—Atº Mariano Álvarez”.

La justicia adelantò mas pruebas: vino á descubrir que Morillo y sus tres soldados se habian colocado en ambos costados del camino y que aquel en persona disparó sobre la cabeza del Gran Mariscal; habiendo sido dichos tres soldados poco después envenenados, uno en pos de otro, en tres distintas comisiones.

El Coronel Apolinar Morillo también declaró haber sido uno de los ejecutores del asesinato, y que lo cometió por órden que le hubo dado el General Obando en presencia del Teniente Coronel Álvarez. En su confesion refirió varios pormenores que demuestran lo mucho que estudió Obando para ejecutar su plan inicuo de asesinar al General Sucre.

Por haber fugado de su prision Obando, Sarría, Erazo y Álvarez, levantando en seguida el estandarte de la rebelion, solo se juzgó en todas sus instancias al Coronel Morillo.

Condenado éste a muerte por un consejo de Guerra formado de tres generales, cuatro coroneles y un Letrado, fué confirmada la sentencia por la Suprema Corte Marcial de Bogotá y ejecutada el 30 de octubre de 1842.

Así expió Morillo en el patíbulo el mas horrendo crimen que registra la historia hispano-americana.

Es de deplorar que no hubiese acontecido lo propio con Obando, el director de ese crimen, á quien la parte extraviada de Colombia exaltó al Poder en 1853 para arrojarlo un año después y matarle en las guerras civiles de 1861.

Al ejecutarse la sentencia, Morillo dirigió una alocución al pueblo, diciendo en una parte: “Yo perdono al *ex-general José María Obando el haberme arrastrado al abismo donde me encuentro*”; y concluyendo con estas palabras: “¡QUE MIS AÑOS Y EL SACRIFICIO DE MI VIDA APLAQUEN LA SOMBRA DE SUCRE!”

Los que debemos al Gran Mariscal de Ayacucho una patria que amar,

con instituciones que dignifican al hombre, jamás deploraremos bastante el crimen de Berruecos. Execremos, pues, constantemente la memoria de los que lo cometieron y no dejemos de pronunciar con respeto el nombre de aquella ilustre víctima, de aquel bienhechor nuestro, cuyo gobierno republicano fué y será digno de que le imiten los hombres públicos que sienten el amor á la Patria.

Severino Campuzano.

Potosí, julio, 1888

Nota—La lectura de este trabajo histórico fué hecha por el doctor Jerman Zambrana en la *Velada familiar* del 24 de julio, por ausencia de su autor.